

LIBRO VEINTE Y SEIS.

Proscripciones.—Asesinato del duque de La Rochefoucauld en Gisors.—Degüellos en Orleans, en Leon, en Meaux, en Reims y en Versalles.—El corregidor Richaud.—Danton acepta la responsabilidad de las jornadas de setiembre.

I.

La Francia temblaba de horror y de espanto. El consejo del ayuntamiento de París se envolvía en su crimen, al atreverse á redactar una proclama dirigida á los departamentos recomendándoles los asesinatos de setiembre como un ejemplo digno de imitacion. Envaneceerse del crimen, es mas que cometerlo; es asociarse friamente á su responsabilidad, sin tener la escusa de la pasion que lo esplica. El ejemplo de la impunidad de los degüellos de París hablaba muy alto á las provincias. Este estímulo tácito fué comprendido. El duque de La Rochefoucauld, el mas popular de los aristócratas despues de La Fayette, se habia hecho odioso á la multitud. Como presidente del departamento de París habia pedido el 20 de junio la destitucion de Petion. Esta fué su sentencia. Habiéndose

retirado despues del 10 de agosto á los baños de Forges con la duquesa de Enville, su madre, y con su jóven esposa, recibió alli una orden de prision del ayuntamiento por uno de sus procónsules de la casa de la ciudad. El comisionado asustado de su mision, aconsejó al duque que no se fiase en su inocencia y que se fugase á Inglaterra. La Rochefoucauld lo rehusó, y se puso en marcha para París con su madre, su esposa y el comisionado del ayuntamiento. Un batallon de la guardia nacional de Finisterre y un destacamento de asesinos de París, lo esperaban en Gisors: estos pidieron su cabeza, y en vano se esforzaron para protegerle el corregidor y la guarnicion de aquel pueblo. Mientras que el coche en que iban las señoras tomaba la delantera, una fila de municipales y de guardias nacionales escoltó al preso fuera de la ciudad por calles estraviadas. ¡Vana precaucion! Al salir de las puertas, una porcion de carruages obstruian el paso, y la fila se separó. Un asesino cogió una piedra y la tiró á la cabeza del duque, dejándolo muerto en medio del pueblo á quien habia consagrado su vida. El cadáver fué entregado á su muger y á su madre que lo creian en salvo. Este asesinato en uno de los primeros apóstoles de la libertad y de la filosofia resonó como un sacrilegio en toda Europa. Ningun crimen despolarizó mas á la revolucion. Parecia esta parricida desde que hubo asesinado al padre del pueblo. El gran orador Burke y sus amigos en el parlamento inglés se avergonzaron de fraternizar con los asesinos de La Rochefoucauld y cambiaron sus apoteosis en imprecaciones.

II.

En Orleans, la guardia nacional que el corregidor habia desarmado, dejó impunemente violar las carceles,

saquear las casas de los principales magnates, asesinar ocho ó diez personas, y en fin, quemar á fuego lento en un brasero encendido en la plaza pública á dos dependientes de una refinería de azúcar, que habian intentado sustraer del pillage la casa de su principal. En Lion, la noticia de las jornadas de París escitó una feroz emulacion en el pueblo. Dos mil personas entre hombres, mugeres y muchachos salidos de la hez de aquella gran reunion de trabajadores nómadas se trasladaron, á pesar de la resistencia del corregidor Vitet, al castillo de Pierre-Encise, y forzando las puertas asesinaron á veinte y un oficiales del regimiento Real de Polonia que estaban en aquel fuerte. De allí se fueron á las cárceles civiles y degollaron á todos los presos que encontraron, sin distincion, clavando en los árboles del paseo de Bellecour los miembros mutilados de sus víctimas.

Ronsin, comandante de uno de los batallones de París, compuesto de vencedores del 10 de agosto y de algunos asesinos de setiembre, pasaba por Meaux dirigiéndose á la frontera. A su llegada, reprendió al corregidor por no haber seguida aun el ejemplo del ayuntamiento de París. Recorrió acto continuo sable en mano las calles de la poblacion reclutando algunos malvados en los sitios sospechosos, y conduciéndolos á la cárcel, los animó á emprender la operacion con sus ademanes y con su voz. Mis gentes son unos bandidos, dijo Ronsin á los que le afeaban las maldades de su tropa, pero, ¿eran mas honrados los que componian las legiones que ejecutaron las proscripciones de Mario?

Otro batallon reclutado en las sentinas de París, pasaba por Reims, dirigiéndose á la frontera para servir á las órdenes del general Duhoux.

Un agitador llamado Armonville, se presentó delante de este batallon en el momento en que el general lo revisaba: en vano el gefe trató de contener á los soldados. Armonville los arengó, y se le unieron unos cincuenta,

les dirigió á la sociedad popular, les distribuyó armas, les dió las señas de ciertas casas, les designó las víctimas y los animó á herir. Dos administradores fueron los primeros asesinados en las gradas de la casa del ayuntamiento, jugando despues los asesinos á las bóchas con sus cabezas, y arrojando en una hoguera encendida en el átrio de la catedral á todos los sacerdotes que habia en la ciudad. Durante dos dias, los asesinos alimentaron esta hoguera con nuevas víctimas, y obligaron al sobrino de uno de aquellos sacerdotes á llevar con sus propias manos la leña para consumir el cuerpo de su tio. Cortaron las piernas y los brazos á Mr. de Montrosier, hombre extraño á la ciudad, é indiente de toda opinion política, llevándole mutilado de este modo á que espirase á la vista de su padre y de su esposa.

Estos malvados, jugaban con la agonía, con la conciencia, y con los remordimientos de los que inmolaban. Uno de los sacerdotes, rodeado por las llamas y vencido por el dolor, pidió que se le dejase prestar juramento á la nacion. Le sacaron del fuego, y el procurador del ayuntamiento Couplet, cómplice de estas escenas, llegó y recibió el juramento. «Ahora que has dicho una mentira, dijeron los verdugos al desgraciado, vuélvete á tu sitio con tus compañeros» y lo arrojaron de nuevo á la hoguera. Estos incendiarios de hombres, concluyeron por quemarse unos á otros. Un tejedor llamado Laurent, hizo la lista de los que se destinaban al suplicio, é inscribió en ella á un mercader vecino suyo cuyo crimen era haberse negado á fiar sus mercancías á Laurent. El mercader, agente secreto de Armonville, se informa del lazo que se le tendia, y fué á quejarse á su patronó. Armonville borró el nombre del mercader, é inscribió en su lugar el de su denunciador. En el momento en que Laurent señaló á su enemigo para arrojarlo á la hoguera, le cogieron á él, y le lanzaron á las llamas en medio de las risotadas de sus cómplices. Su sangre impura apagó la ho-

guera. El terror fué tan servil en Reims, y el nombre de Armonville intimidó tanto la conciencia pública, que la ciudad le nombró pocos días después su representante en la Convencion.

III.

El dedo de los esterminadores, no podia olvidar las cárceles del tribunal superior de Orleans. Sesenta y dos acusados del crimen de lesa nacion la poblaban. Los que estaban presentes en la memoria del pueblo, eran el anciano duque de Brissac, gefe de la guardia del rey, y Mr. de Lessart, ministro proscrito por los girondinos. Habia ademas muchos obispos, magistrados y generales, denunciados por el departamento ó por las tropas, varios periodistas del partido de la corte, y en fin, los veinte y siete oficiales del regimiento de Cambresis acusados de haber intentado sorprender la ciudadela de Perpiñan para entregarla á los españoles, yacian mas de un año habia en aquellas prisiones.

La ligereza de las acusaciones, la falta de pruebas, la ausencia de los testigos suspendia ó amortiguaba la vista de las causas. La prevencion que juzga sin pruebas y que condena todo lo que aborrece, se impacientaba de estas lentitudes. El ayuntamiento, Marat y Danton que querian concluir de una vez, encontraron estas victimas en disposicion de ser asesinadas. La Asamblea, avergonzada de los degüellos del 2 de setiembre ejecutados á su vista y cuya responsabilidad recaia sobre ella, queria sustraer aquellos sesenta y dos presos á la justicia expectativa del ayuntamiento; pero los maratistas esparcieron por el pueblo que las cárceles de Orleans se habian trasformado en una mansion de delicias y en un foco de conspiraciones merced al oro del duque de Brissac, y que abririan sus puertas á la señal dada por los emigrados,

quitando á la nacion su venganza; tambien se habló de un próximo rapto de los presos.

Sobre estos rumores, doscientos marseleses y un destacamento de federados y degolladores dirigidos por el polaco Lazouski, salieron para Orleans en virtud de una orden secreta de los agentes del ayuntamiento. Asi que llegaron á Longjumeau, escribieron á la Asamblea diciéndola que se habian puesto en camino para trasportar los presos á Paris. La Asamblea inquieta, á petición de Vergniaud y de Brissot, espidió un decreto por el cual se les prohibia á los federados disponer arbitrariamente de los presos ó culpables sujetos solo á lo que dispusiese la ley. Lazouski y sus satélites fingieron obedecer el decreto, y respondieron que iban á Orleans para guardar á los presos á quienes se queria arrebatar. Vergniaud y sus amigos que comprendieron este lenguaje fingieron tambien quedar satisfechos con esta obediencia á medias, pero hicieron dar acto continuo otro decreto en el que se encargaba á los ministros que enviásen á Orleans mil ochocientos hombres para precaver toda tentativa de fuga. El mando de estos mil ochocientos fué confiado á Fournier el Americano. Asi que llegó con esta fuerza á Longjumeau, Fournier reunió los doscientos marseleses y llegó con ellos á aquel punto.

Leonardo Bourdon se le habia adelantado. Enviado por el ayuntamiento de Paris con una comision sospechosa, Leonardo Bourdon, ciudadano de Orleans, pero amigo de Marat, soprestestó de evitar una lucha entre el destacamento parisiense y de Orleans, neutralizó la guardia nacional de esta última ciudad. La guardia nacional, fuerte de seis mil hombres adictos á la ley, se habia trasladado á la cárcel con alguna artilleria para defender sus puertas; se negoció y quedó convenido que los presos serian respetados y entregados por la guardia nacional á la escolta que debia conducirlos á Paris.

IV.

Siete carromatos, conteniendo cada uno ocho presos cargados de cadenas, se pusieron en camino el 4 de setiembre á las seis de la mañana. Fournier marchaba á caballo á la cabeza del convoy. Un collar de la orden de San Luis, algunas cruces de Cincinato y otras condecoraciones militares, arrancadas á los presos, colgaban del pretal de su caballo.

La Asamblea, informada de los acontecimientos de Orleans, decretó por conducto de Vergniaud, que la columna no entrase en Paris. Los comisarios enviados á Etampes para detener la marcha de Fournier se acobardaron por lo que les dijo Leonardo Bourdon. Los federales patearon el decreto de la Asamblea y se dirigieron á Versalles. Sin embargo, los verdugos del 2 de setiembre esperaron el convoy en Arpajon. Estos hombres se reunieron á la escolta y llegaron al mismo tiempo que aquel á las puertas de Versalles. El corregidor Richaud, sabedor del peligro, tomó todas las medidas que le aconsejó la prudencia y la humanidad. Fournier y Lazouski, con dos mil hombres y la artillería, tenían una fuerza suficiente para evitar todo atentado; pero todo parecía dispuesto por ellos de antemano para entregar su depósito en lugar de defenderlo. Los cañones y la caballería de la escolta, precedían á una distancia considerable á los carros. Una débil fila de cinco hombres, marchaba á los lados del camino. El corregidor acompañado de algunos diputados, municipales y oficiales de la guardia nacional, imponía solo con su presencia y con sus palabras á los asesinos. Esto acaecía en un domingo á la hora en que el pueblo va á distraerse un rato de las tareas de la semana á este ó el otro punto, por cuya razon estaban desiertas las calles de la ciudad. La banda de degolladores

que espíaba esta presa, no se componía sino de unos cuarenta ó cincuenta hombres. Dejaron estos pasar los carromatos hasta la verja del jardín que conduce á la casa de fieras: sitio que se habia preparado para hacer alto en él aquella noche. Tan pronto como Fournier, los cañones y la caballería de la escolta habian pasado la verja, los asesinos la cerraron dejándolos dentro, é inhábiles para impedir lo que se hiciese por fuera. Fournier, sea sorpresa real, sea simulacion de violencia, fué derribado del caballo por hombres del pueblo empuñándose débilmente para que se abriese la verja que lo separaba del grueso de su tropa y de su depósito. Lazouski, en la retaguardia no hizo ninguna demostracion para acercarse al convoy. Los asesinos, dueños ya de este, se arrojaron sobre los presos encadenados que nadie les disputó. En vano el corregidor Richaud se interpuso entre ellos y su presa; en vano, subió al primer carromato y apartó con sus manos los sables y las picas, cubriendo con su cuerpo las dos primeras victimas. Derribado sobre los cadáveres, y cubierto con la sangre de aquellos, los asesinos lo llevaron desmayado con la emoción á una casa vecina, y llevaron á cabo sin resistencia, por espacio de mas de una hora aquella cornicería á sangre fria, que una ciudad consternada y dos mil hombres armados no supieron impedir en medio del dia.

El intrépido Richaud, vuelto de su desmayo y arancándose de los brazos de los que le detenan, se escapó de la casa á donde lo habian llevado, volvió á los carros, se arrodilló ante los asesinos, se agarró á sus brazos ensangrentados, les echó en cara que deshonoraban la revolucion y la ciudad en donde aquella habia triunfado del despotismo, y les ofreció su propia vida por rescatar la de la última de sus victimas. Su generosidad fué admirada hasta de los mismos asesinos, pero nada consiguió. Solo siete ú ocho presos que se precipi-

taron de los carromatos, protegidos por la compasion de los espectadores, consiguieron escapar y refugiarse en las casas inmediatas: todo el resto sucumbió. Cuarenta y siete cadáveres, encadenados aun de pies y manos, quedaron tendidos en la calle y atestiguaron la barbarie y la cobardía de los degolladores. Estos formaron un trofeo de cuerpos y miembros hechos pedazos en el centro de la enrucijada de *Quatre Bornes*. Las cabezas cortadas, paseadas en triunfo por los asesinos, fueron despues plantadas sobre las lanzas de la verja del palacio de Versalles. Se reconocia entre ellas la del duque de Brissac por sus cabellos blancos manchados de sangre y arrollados en la verja de la puerta del palacio de sus señores. Dos de estos asesinos Foliot, mayordomo de fábrica de la iglesia de Meudon, y Hurtevent, guardabosque de Verrieres, llevaron de café en café, el uno el corazon sangriento arrancado del pecho del duque de Brissac, y el otro un pedazo obsceno cortado del cadáver del ministro Lessart: una jóven embarazada de algunos meses á quien enseñaron aquel pedazo de carne humana, cayó desmayada al verlo, se rompió la cabeza y murió del golpe. Varios muchachos despedazaron los miembros esparcidos por la calle y se los echaron á los perros. Una muger llevó por los cabellos una de aquellas cabezas á la Asamblea de los electores y la puso sobre la mesa del presidente. Todo el que no aplaudia callaba; el silencio era valor en aquella ocasion.

Hacia ya mas de una hora que los matadores habian concluido y que los muertos estaban abandonados, nadando en su sangre, cuando los espectadores que contemplaban á lo lejos aquellos restos, vieron que un ligero movimiento agitaba los cadáveres. Descubriéronse en primer lugar unos brazos ensangrentados, y luego asomó una cabeza calva y el tronco desnudo de un cuerpo que trataba de abrirse paso entre aquel monton de cadáveres que le

sufocaba con su peso. Era este uno de los presos, que volvia del desmayo en que le habia sumido la mucha sangre que habia vertido, y que tenido por muerto por los asesinos, se habia guarecido debajo de los muertos para evitar los golpes que debian concluirlo. El infeliz trataba de desprenderse de aquella porcion de cuerpos mutilados en donde estaba metido hasta la cintura, y espiaba con una mirada furtiva hácia que lado debia arrastrarse para encontrar un asilo. Ya los testigos mudos de esta inesperada resurreccion le hacian signos de inteligencia y de compasion. Por ellos estaba salvo: pero uno de los asesinos, volviendo por casualidad á aquellos sitios, vió al pobre anciano y aproximándose á él con el sable levantado «¡Ah, tú te despiertas! le dijo; espera, yo te haré dormir otra vez por mas tiempo;» diciendo estas palabras le abrió la cabeza de un sablazo y le acostó de nuevo sobre aquella cama de la muerte.

V.

Desde alli los matadores se fueron á las dos cárceles de Versalles, y á pesar de los esfuerzos de Richaud, degollaron diez presos. Los restantes debieron su libertad á la intrepidez, á la elocuencia y á los engaños piadosos de aquel generoso magistrado. No habia cesado éste hacia dos dias, de advertir al poder ejecutivo los peligros que amenazaban la vida de los presos de Versalles y de reclamar fuerzas de Paris. Alquier, presidente del tribunal de Versalles fué dos veces á casa de Danton, ministro de la Justicia para que proveyese, segun era de su deber, á la seguridad de las cárceles. La primera vez Danton se escusó; la segunda se irritó por una insistencia que agitaba los remordimientos ó la impotencia de su corazon. Mirando á Alquier con una impresion

asaz significativa y como quien queria ser entendido: «Monsieur Alquier, le dijo con voz áspera ó imponente: ¡esos hombres son muy culpables! ¡muy culpables! Volved á vuestras ocupaciones y no os mezeleis en este asunto. Si yo hubiera podido responderos otra cosa, ¿no comprendéis que ya lo hubiera hecho? Alquier se retiró consternado. Había comprendido perfectamente.

Estas palabras escapadas á la impaciencia de Danton, son el comentario de las que profirió el 2 de setiembre en la Asamblea.

«¡La patria se ha salvado, dijo; la campana que se va á tocar no es una señal de alarma; es la de la carga que va á darse á los enemigos de la patria! ¡Para vencerlos, para aterrarlos, ¿que es lo que se necesita? ¡Audacia, audacia y siempre audacia! El sentido que tenían estas palabras en su pensamiento, se manifestó bien á las claras en la noche que siguió á los asesinatos de Versalles. Los asesinos de Brissac y de Lessart, se volvieron á París en cuanto anocheció y se presentaron bajo las ventanas del ministerio de la Justicia, pidiendo armas para velar á las fronteras. Danton se levantó de la mesa y apareció en el balcón. «No es el ministro de la Justicia, sino el de la revolucion, el que os da las gracias, les dijo.» Jamás ningun exterminador reconoció mas descaradamente á sus cómplices. Danton violaba las leyes que estaba encargado de defender, y aceptaba la sangre que estaba encargado de vengar; ministro, no de la libertad sino de la muerte. Los erimenes de setiembre no deben achacarse á la libertad, son esclusivamente obra de unos cuantos malvados.



LIBRO VEINTE Y SIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posicion de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inaccion.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos.

I.

Mientras que el interregno del reinado á la república entregaba así á Paris á los satélites de Danton, la Francia con todas sus fronteras abiertas no tenia mas salvacion que el bosque de Argonne y el genio de Dumouriez.

Hemos dejado el 2 de setiembre á este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campo de Grand-pré, y ocupando con débiles destacamentos los desfiladeros intermedios entre Sedan y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podia tratar de romper su linea y envolver su posicion: aprovechando hora por hora la tentativa de su enemigo, hacia tocar á rebato á todos los pueblos y ocupar las dos vertientes del bosque